

Movimientos psicoanalíticos en tiempos de viralidades



GRISELDA REBELLA¹

INTRODUCCIÓN

La situación de cuarentena por la pandemia de Coronavirus del año 2020 nos ha llevado a cuestionarnos si es posible escribir sobre una experiencia mientras se está viviendo. Implica acercarnos a la incertidumbre del momento para ir pensando, escuchando, estimulando nuestra necesidad de comunicarnos e intercambiar sobre lo que hacemos. Hemos compartido ideas acerca de cómo transformar los análisis «de diván» en un encuentro por Skype, Zoom o videollamada, y cómo instrumentar el análisis de niños sin la participación del cuerpo presencial de ambos y el juego compartido. ¿Cómo se ve afectada la estructuración psíquica del niño cuando el contacto físico con los otros, que es un aspecto fundamental, hoy se ha visto restringido? El abrazo y el beso que antes se le pedían al pequeño, se ha limitado, al igual que el conocer de los límites corporales, que se potencia literalmente tocando y rozando al otro semejante.

Nos preguntamos acerca de la resignificación del lugar del otro, del cuerpo, del espacio yo-no yo y su construcción en la mente de los tempranos. Los conceptos de adentro y afuera, interno y externo, han sido convocados para repensarse una y otra vez, desligándose de los mandatos «reales» de emergencia sanitaria, para posicionarnos desde el pensamien-

1 Psicoanalista. Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. grisr@netgate.com.uy.

to psicoanalítico. El impacto inicial de la pandemia nos llevó a reflexionar, en nuestra comunidad psicoanalítica, aproximando experiencias de distintos países y culturas, con diferencias teóricas, pero también de entornos, fantasías y grados de peligrosidad, conscientes e inconscientes. Estas divergencias en vez de separarnos nos han unido, encontrándonos pensándolas y relativizándolas juntos. Es entonces, que surge la tentación a la escritura siguiendo la convocatoria de la Revista, que propone una transmisión sobre el tema del Otro-Yo-otro, ¿desde Lacan, Freud, Klein, Bion o Winnicott? Cuán variado se tornó el espectro en nuestra mente, sabiendo que cada uno ha aportado generosamente con su pensamiento frondoso en torno a esos aspectos. Los analistas muchas veces nos definimos por las líneas teóricas que elegimos o privilegiamos, a la vez que las instituciones estimulan y forman a sus candidatos y analistas, de manera plural.

Concordando con Arbiser (2009), planteo la importancia de compatibilizar las convergencias y discriminar las divergencias entre los diferentes autores psicoanalíticos con los que nos nutrimos y que nos han legado un valioso «arsenal» teórico. El psicoanalista en general, más allá de sus preferencias teórico-técnicas, suele ser plural y permeable, y pone a trabajar en su mente, frente a la clínica, diferentes paradigmas.

Muchas veces se ha planteado que las teorías a las que nos acercamos, junto al análisis personal, a la experiencia de vida y de la clínica, las supervisiones y el encuentro con maestros y pacientes, van creando una verdadera caja de herramientas siempre disponible en sesión.

En nuestro medio Fanny Schkolnik (2016) plantea para las diferentes teorías y técnicas psicoanalíticas una «zona de cruce» por donde pasan todas ellas, ubicando allí la necesidad del paciente de «un mayor conocimiento de sí a través de la experiencia de análisis» y a «los pilares de la técnica (asociación libre, encuadre, transferencia y regla de abstinencia)» (p. 186). De esta forma, dice Alizade (2002), «el analista forma escuela por sí mismo, aunque profese en una capilla determinada. En las profundidades de su ser es único: sin saberlo quizá es analista propio, y no tiene otro potencial analítico.» (p. 1). Tomaré conceptos básicos de tres autores clásicos, pero no por eso menos vigentes en la medida que nos permiten reflexionar críticamente. Intentaré mostrar cómo pueden colaborar, in-

tegrados en la mente del analista, al «mayor conocimiento de sí» que el paciente requerirá del trabajo clínico posible.

ENTRAMADO TEÓRICO-CLÍNICO

El concepto del «yo» en psicoanálisis no deja de ser un tema complejo y las diferencias teóricas en torno a su génesis en forma y tiempo parecen ser radicales. Freud, Lacan y Klein vivieron guerras y posguerras, y, aun así, mientras afrontaban esa dura realidad, pudieron desarrollar su teoría y transmitir su técnica y su clínica generosamente. En este 2020 de hoy, salvando las distancias, en los webinarios y seminarios donde se plantea el psicoanálisis en tiempos del Covid 19, se ha recurrido frecuentemente a ellos para recordar el legado que nos han dejado.

Sigmund FREUD necesitó de construcciones míticas para postular la existencia del aparato psíquico y sus orígenes. Algunos conceptos se conforman en forma ambigua, posibilitando una manera de pensar en la que al momento de nacer el hombre cuenta con cierto psiquismo y las posibilidades dadas para la formación paulatina del aparato, pero también otra en la que ya estaría conformado desde el comienzo de la vida, como un continente a la espera de contenidos. El aparato psíquico, así como sus concepciones de yo real primitivo, yo-placer purificado, yo real definitivo, sentimientos y fantasías inconscientes, conscientes y preconscientes, la alucinación fallida en sus posibilidades de examen de la realidad, la negativa, el yo, el ello, el superyó y otros, son conceptos difíciles, cuestionados una y otra vez. «Freud volvió a lo largo de los años sobre la idea de realidad; ¿qué es el afuera y el adentro, la realidad psíquica y la externa?; ¿qué es lo incognoscible?»; ¿cuánto influye la metapsicología del analista en su mente? «Nuestro acercamiento a la realidad como tal, para el psicoanálisis, es distorsionado, selectivo, incompleto.» (Rebella, 2004, p. 64).

Juan es un paciente como podrían ser muchos de los que ha visto un analista de niños hoy, pero a su vez, también podemos decir que el encuentro transferencial hace a lo único y peculiar del entre dos analítico. Con sus 9 años de edad al comienzo del tratamiento, su transmisión de la realidad de sus vínculos es muy distante de la que describen sus maestros y familiares. «*Siempre me están molestando y me dicen adoptado. ¡Yo sé*

que no soy adoptado, pero si también me dicen engendro, me da una rabia! Me quedo callado, quieto. Es como el juego del congelado.» Su madre dice que en el colegio Juan pelea con todos, y los maestros y padres de otros niños se han quejado de la agresividad verbal y física que expone frente a sus pares. Genera preocupación que pega, escupe, insulta y muerde. Trabajo en sesión su vivencia de congelamiento, priorizo la realidad psíquica por sobre los discursos del ¿afuera? que se ha colado dentro, tratando de pensar en términos transferenciales el porqué de este desencuentro de «realidades». ¿No las registra? ¿O no puede compartirlas en sesión? En base al material de varios encuentros, pienso que es posible que Juan se estuviera defendiendo «congelando» defensas y recursos que antes le han sido efectivas, pero que hoy no le están ayudando a controlar su rabia e impulsividad que se le escapa y destruye, seguramente generándole tal angustia que lo lleva a desmentir la percepción del acto.

Los modelos que configuran una particular forma de pensar al yo, al no-yo y al otro, también nos aportan si los abordamos con la interrogante clínica respecto a las teorías, ¿quién o qué es el otro?; ¿a quién o qué representa?; ¿identificaciones, representaciones? En cuanto al modelo freudiano, desde los primeros esbozos del adentro y el afuera, vinculados al yo real primitivo, es pensado en 1896 en la carta 52 en torno a la inscripción de huellas mnémicas que investidas dan lugar a representaciones asociadas entre ellas. Según Laplanche (1968), las primeras resultan de la experiencia y del encuentro con el otro y se integran al psiquismo como la reproducción de una percepción anterior. En esta dirección podemos pensar, con prudencia, que Juan expresa los efectos de una huella-representación «congelada» que se coló, siendo más que su contenido propio, para expresarse distorsionando la realidad, sin contemplación por el contexto.

Esta concepción tan ordenada de las huellas mnémicas freudiana, reiterada en *La interpretación de los sueños* (1900), parece derrumbarse en 1924 con su artículo *Notas sobre la pizarra mágica*, donde, en el ámbito de una nueva tópica, compara este artificio con la estructura del llamado «aparato perceptivo del alma». Si bien la huella se vuelve perdurable, está sujeta a las consecuencias de miles de inscripciones superpuestas y a la desfiguración producto del desplazamiento y la condensación, cuestión que rompe con la posibilidad de un registro ordenado cronológicamente.

Entonces agregamos que no es posible extrapolar la experiencia que hace a la representación de «congelamiento» o del «engendro» sin tomar en cuenta las complejidades que desfiguran aquella experiencia original que puede haberle dado lugar y ha condensado distintas vivencias. El concepto de representación como aquello que del objeto viene a inscribirse en los «sistemas mnémicos», alude a sus orígenes. Conformada como resultante de las primeras experiencias del bebé en relación a las mamadas —un color, un olor, la textura del camión de la madre al darle su alimento— surgen las primeras huellas mnémicas, que, investidas, llamamos «representaciones cosa». Encuentro mítico, originario, que marca con las vicisitudes de la experiencia de satisfacción, fundante del aparato psíquico freudiano. Trazas del «otro auxiliador» que lo nominará y señalará con la impronta de su propia expectativa. Para Freud, cada reencuentro genera una marca, pero esta, al igual que el trazo en la «pizarra mágica», nunca es la misma; en el terreno de la experiencia algo de lo diferente, inconscientemente se hace lugar, generando una pérdida. Desde estos orígenes, Freud propone una concepción de incorporación de la experiencia en el psiquismo, compleja y marcada por el encuentro con el otro que va implicándose paulatinamente, al igual que el yo del sujeto.

La «huella» no llega en acto a la consulta, sino que algo es descrito verbalmente de manera antagónica por Juan y por los otros. Freud agregará algo más: «el sistema preconsciente nace cuando esa representación-cosa es sobreinvertida por el enlace con la representación-palabra que le corresponde» (1915b). Este enlace brinda la posibilidad de acceso a la consciencia de representaciones, para poder ser nombradas. Se produce una organización psíquica más alta y el relevo del proceso primario por el secundario que gobierna el interior del preconsciente con los restos de la palabra oída. Ingresa entonces el lenguaje que ya estaba allí, preexistiendo al sujeto y portando su potencialidad simbolizante y la cultura que lo excede. Palabras como «congelamiento», «engendro adoptado», resuenan en mí en dos niveles: el de algo compartido culturalmente y simbólicamente, y también como legado de nuestra historia analítica con Juan, donde remiten a vivencias muy primitivas de rechazo que en parte han sido analizadas. Fantasía de quedar fusionado monstruosamente a su madre, donde tal vez la adopción puede figurarse como un intento de

incluir un otro-tercero separador, «madre biológica» fantaseada, pasible psíquicamente de incorporar un corte necesario para él.

En *Introducción del narcisismo*, Freud (1914) modificará su teoría del yo que surge amenazado desde varios flancos, como gran reservorio de libido que investiría al objeto. Allí dejará claro que, para él, el yo no existe desde un principio, ni tampoco aparece como el resultado de una diferenciación progresiva, siendo que para constituirse requiere de una nueva acción psíquica. Se marcará una diferencia irreconciliable con Klein. Será en 1923, fecha de la nueva tónica, donde la distribución de ello, yo y superyó se superpondrá a la primera de consciente, preconsciente e inconsciente, mostrando un aparato que va cobrando cada vez mayor complejidad metapsicológica, y donde los aspectos inconscientes del yo cobran mayor fuerza teórica, actuando en forma activa sobre el ello.

La amenaza parece surgir desde adentro en Juan, congelándolo en sus posibilidades yoicas de investir al objeto, captando con sus «antenas investigadoras» una realidad percibida a su manera, imposibilitado de ejercer un control sobre la impulsividad del ello. El objeto del que habla Freud tal vez se integró como una representación interna investida, que reaparece en el discurso de Juan de una manera coherente pero empañada por su modo inconsciente de construirla en la peculiaridad del desplazamiento y la condensación efectuada sobre sus contenidos psíquicos.

Melanie KLEIN recoge la complejidad que Freud nos desafía a tomar, partiendo de la metapsicología freudiana, y separándose de ella, para postular un objeto, un yo, un sujeto y un psiquismo diferentes, conceptualizados en un mundo interno pleno de múltiples relaciones de objeto. El yo kleiniano destaca por la precocidad y la fuerza desde el nacimiento para efectuar el primer movimiento de «deflexión hacia el exterior de la pulsión de muerte», que da inicio a una relación de objeto clivada, parcial, construyendo un objeto o «pecho bueno interno» y un objeto o «pecho malo externo», según se viva como gratificante o frustradora la experiencia.

Los padres de Juan transmiten que este no dejaba nunca de llorar desde que nació, rechazando el amamantamiento. La madre no sabía cómo calmarlo hasta que descubrieron que la abuela, con un movimiento arrullador particular, lograba que se calmara; la madre lo comenzó a usar, sin mucho acierto al comienzo. En esa posible inconexión entre madre e hijo, Klein

vería la fuerza de los impulsos pulsionales destructivos, y no tanto lo vincular, sino que el bebé kleiniano parece nacer con muchos más aspectos constitucionales de los que conceptualizara Freud. Los instintos tendrán su expresión mental en la fantasía inconsciente. Por consiguiente, para Klein esta existe desde el comienzo de la vida, así como la pulsión y el yo que la deflecta. Marcado por el encuentro con un objeto construido por él, el adentro y el afuera en esos inicios del psiquismo parece desdibujarse aún más en Klein que en Freud. Para el bebé nunca estarán más distantes, para la teoría kleiniana, nunca más difusos sus límites. Esa madre real de la que habla muchas veces ella pero que no conceptualizó suficientemente en cuanto a lo que pasa en su mente —cuestión que sí tomaron Winnicott (1967) y Bion (1962) — transmite por vías inconscientes más de lo que cree, generando en el ámbito psicoanalítico interrogantes acerca de la construcción del psiquismo, cuando una madre no logra comprender los dinamismos de su bebé y no consigue «calmarlo». Parece perderse la posibilidad de lograr un equilibrio entre satisfacerlo y ayudarlo a procesar la frustración. Con el concepto de «presencia corpórea de la madre» o «madre real» externa, Klein alude a un conocimiento de una realidad fáctica aprehensible solo parcialmente, pero a la que se le dará lugar en mayor medida en la posición depresiva. En la esquizoparanoide, un yo inicial, que es precario y poco integrado, se cliva junto al objeto y la pulsión. ¿Qué pasa con Juan desde esta perspectiva? La posible respuesta se encuentra perdida en la prehistoria de los orígenes. Pero podemos hacer hipótesis pensando el entramado psíquico como un tejido único para cada quien, en el que se exhiben huecos como huellas de la no presencia del objeto. Podría concebirse como una desestimación, donde gran parte de lo que se vivenció en la experiencia no ha dejado objetos o marcas suficientemente simbolizadas de ella, o como una desmentida de la percepción misma del «mundo externo». Podemos también acercarnos a las interrogantes que el discurso verbal y preverbal genera, para pensarlos en los entretelones de la creación de objetos primitivos muy hostiles prontos para ser evacuados, que posiblemente ya desde la oralidad, obstaculizaran el disfrute y construcción de experiencias gratificantes que hacen, al «objeto bueno», núcleo del yo. Cuando Klein describe que el objeto externo se construye simultáneamente con el interno, y la distancia entre ambos cualitativa,

alivia la ansiedad persecutoria, conforma la interrogante ¿de qué externo e interno nos está hablando? «En la mente del bebé toda experiencia externa se entrelaza con sus fantasías, y, por otro lado, cada fantasía contiene elementos de la experiencia real», (Klein, 1952b, p. 63). El otro, que es también un objeto para el bebé, parece ubicarse tanto dentro como fuera según la fantasía del que la construye. ¿Se dificultó su apropiación para Juan? Para Klein, cuando el objeto no ha sido integrado al yo, quedan como partes de este escindidas sin reconocimiento como algo propio. Tal vez la situación descrita desde los padres y maestros respecto de Juan, tiene en común, con estos objetos no asimilados, la sensación de extrañeza frente a algo que se rechaza como propio. Sostiene Hinshelwood que para Klein, en 1946, existen objetos asimilados al yo, junto a otros que no lo logran, «que permanecen ajenos dentro de la personalidad» y que «actúan como cuerpos extraños insertos en el self» (Hinshelwood, 1989, p. 289). El yo puede no tener fuerza para asimilar al objeto sin sentirse avasallado por éste. Es importante considerar el concepto de fantasía inconsciente, para comprender que cuando Klein habla de interno, externo, real, adentro o afuera, habla de un constructo en gran parte subjetivo de algo que es imposible concebir desde la mirada de un ojo desnudo.

El desarrollo del yo y la relación con la realidad dependerán de la capacidad temprana de este para tolerar la presión de las primeras situaciones de angustia, que permitirán que se establezca «gradualmente a partir de esa realidad irreal una verdadera relación con la realidad» (Klein, 1930, p. 226). Hablamos de la fuerza de las pulsiones destructivas y agregamos la complejidad posible en la construcción por proyección de un objeto parcial «malo interno» y «externo», que puede conducir al rechazo del pecho que la madre le ofrece a su hijo.

Klein trae las posiciones como funcionamientos siempre disponibles, que exhiben un dinamismo prendido del concepto de fantasía y que estructuran el psiquismo, (Ogden, 1992). En contacto con el otro, la madre real que existe, obviamente —pero al que el bebé tiene un acercamiento siempre parcializado por sus posibilidades psíquicas y los fenómenos introyectivos y proyectivos— proporciona al principio todo lo que él experimenta como su mundo. Esos esbozos iniciales del yo-no yo-otro-objeto, hacen marca. Los objetos internos pueden ser fantaseados y vivenciados

con la extrañeza que conforma a un otro interno que se puede omnipotentemente externalizar conformando un objeto externo. Este es diferente de la figura de la persona que supuestamente lo porta. «Hay muy pocas personas en la vida del bebé, pero las siente como una multitud de objetos porque se le aparecen bajo aspectos diversos», (Klein, 1952b, p. 63), cada uno estableciendo una relación de objeto particular.

Para Klein, en los comienzos de la vida, el yo no tolera la integración de las emociones contrastantes hacia el objeto-madre y pone en juego defensas extremas para aliviar la ansiedad. Esto crea un mojón para futuros recursos cuando el único alivio es separar objetos, creando uno terrible afuera y otro bondadoso dentro. Así, dice Juan: «*Ellos me molestan*», «*ellos me dicen...*» y luego «*Son molestosos, me insultan, me escupen, son los peores enemigos que puedo tener. Nunca los voy a invitar a mi casa. Yo estoy bien en casa con mi madre y mis juegos, con la computadora. Ahí me siento feliz.*» Parece mostrar por identificación proyectiva, aspectos propios puestos en los pares, creando un objeto persecutorio-otro-externo, y también uno «idealizado», corolario de aquel, expresado como aspectos de su casa-interior. Forma también de proteger al objeto bueno y preservarlo separándolo supuestamente del objeto persecutorio «nunca invitado». Para Klein, el terreno fundacional de la fantasía es tan imprescindible, que sin ella no es posible que exista vida mental. «*Crear fantasías es una función del yo*», lo que «*supone un mayor grado de organización yoica del que postulaba Freud*», y una relativización de toda posible objetividad, (Segal, 1964). De todas maneras, pienso que el mundo «externo» ingresa con hechos de la realidad, elementos simbólicos que no es prudente hacer a un lado. Colaborar a dinamizar los movimientos psíquicos integrativos posiblemente forme parte de nuestra función simbolizante y tercerizadora que permitirá aceptar al otro con sus imperfecciones. Para Klein, el yo se va desarrollando cobrando otras características, al igual que el objeto-otro, que va complejizándose y dejando atrás la claridad esquizoparanoide del blanco y el negro, ganando terreno los grises. Con el fortalecimiento de la posición depresiva surge un creciente sentido de realidad, variedad de gratificaciones, intereses y relaciones de objeto. El bebé sufre procesos de duelo y temor por su fantasía de haber perdido sus objetos más amados y haber dañado al objeto total, fundamentalmente, la madre. Este puede ser

puerta de entrada para que el psiquismo se abra a otros más. Pero estos objetos siempre, a lo largo de la vida, tendrán características subjetivas que el sujeto aportará de acuerdo a la peripecia psíquica presente en su estructura derivada de los avatares de las dos posiciones que ella describe. Cuando el yo no tolera las ansiedades depresivas, propias del duelo, puede volver a modos de funcionamiento más primitivos, esquizoparanoides, que implican ansiedades, fantasías y defensas particulares, como forma siempre disponible de recurrencia. Este yo kleiniano, en condiciones favorables, se va fortaleciendo y comienza a hacer uso de la represión, dándose una división fluida entre consciente e inconsciente.

Al cabo de un año de análisis, Juan dice en sesión: *«Hoy me invitaron a jugar al fútbol, pero no sé si voy a ir [...] Dijeron que solo tenemos la cancha hasta las ocho, y mi madre me puede pasar a buscar a las ocho y media. Si me quedo con ellos ese rato capaz que no me quieren, o me pelean, o capaz que no se queda nadie. [...] Es que no creo que les importe. Si me culpan de algo por el partido porque juego mal, capaz que los reviento.»* En términos kleinianos, muestra un pensamiento oscilante entre interpretar lo que pueda llegar a ocurrir de un modo esquizoparanoide o depresivo. Tiene temor retaliativo a que lo «peleen» como él ha hecho muchas veces. Parecería que está instalándose en la duda, que es propio de un funcionamiento depresivo, pero con incertidumbre y temor a la fortaleza de sus «objetos buenos» para resistir los embates posibles del «objeto malo». Teme entonces tanto al ataque como al desamor y al dolor, sin confianza plena en poder resistir los sentimientos de culpa y pérdida depresivos, teniendo que recurrir a funcionamientos esquizoparanoides que percibe destructivos. Se esboza la necesidad de fortalecer la represión de los impulsos para disfrutar la experiencia. La mirada del otro sobre él como alguien que no importa y al que se puede abandonar, se une y lo marca como un niño que no puede tolerar la frustración de que el otro no esté justamente donde, cómo y cuándo él lo quiere. Juan agrega: *«Yo sé que mi madre cuando me mira no ve el hijo que se imaginaba cuando estaba embarazada. Pero igual me quiere.»* Le pregunto qué se imaginaba la madre y responde que no sabe, pero no era a él. Juan supone el desconocimiento en la mirada de la madre-analista-pares, portando un fantasma desconocido nunca igualado.

Jacques LACAN toma el tema de la mirada en su trabajo sobre «el estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica» (1949), aportando en cuanto a un aspecto que ha sido intenso en el trabajo con Juan. Plantea cómo la mirada podrá ser operativa si en ella porta la habilitación simbólica para descubrir-se y convocar en él, cual el niño en «el estadio del espejo», una identificación posible, una «transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen» (p. 87). La asunción jubilosa de esta, que manifiesta ese pasaje del «cuerpo fragmentado» captado en un a posteriori, a una unificación corporal como paso imaginario que conducirá a la introducción en la matriz simbólica en la que el «yo» (je), se precipitará de la mano del Otro primero, su madre, en un tiempo lógico, no cronológico. Con la importancia de una mirada unificadora sobre la imagen fragmentada del infans, emerge a lo que Lacan llama la «forma ortopédica de su totalidad y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental» (Lacan, 1949, p. 90). En ese entrecruzamiento de miradas entre el infans y su madre se encuentra el misterio del otro, una madre que lo mira mirarse pero que a la vez habilita que él mire hacia ella, desprendiendo la mirada de él mismo, apertura narcisística mediante y necesaria, para encontrar la mirada del otro-madre-analista que le permitirá descubrir-se. En ese punto en el que la mirada del niño puede separarse de él mismo para mirar al otro, se encuentran todas sus posibilidades de encuentro simbólico (Guy Le Gaufey, 1998). Desde una vivencia de «cuerpo fragmentado», donde cada fragmento puede ser pensado como un «otro» para el infans, es posible acceder a una unificación corporal en vías a un descubrimiento habilitador de un otro que es y no es él mismo, devolviéndole la mirada desde el espejo. Mirada propia y del Otro que lo mira mirarse y porta en sí mismo la capacidad simbólica de propiciar la unificación de las partes en un todo.

Juan trae a sesión un juego en su celular: «*Mirá, el dinosaurio se forma de dinosaurios pequeñitos. Vos tenés que ir poniéndolos para formar el cuerpo de manera que quede formado el dinosaurio.*» Interpreto que me pide ayuda para que juntando las partes del cuerpo podamos formar la unidad, y él, contento, me mira sonriente captando que entendí. Dice: «*Es así, vos tenés que darte cuenta dónde puede ir, pero si no te imaginás*

la figura entera es difícilísimo. ¿Lo hacemos?» Me invita porque confía en que juntos podremos unir lo que a veces siente fragmentado. No es un psicótico, pienso que es un niño estructurándose que está peleando por unificar aspectos, restos de un pasaje por el «estadio del espejo» fallido en parte, pero que ha hecho una marca. Así Juan puede hablar sin saberlo, de obtener el logro de poder «imaginarse» el cuerpo integrado, para poder usarlo como patrón anclado en su mente. El niño construirá su yo (moi) en una identificación imaginaria, especular, con la imagen del otro (pero que lleva en sí prefigurado el je), el semejante, en una alteridad desdibujada pero que dará lugar a una concepción de otro en el sujeto, ordenador de la vida psíquica en un lugar donde este «está capturado en un orden radicalmente anterior y exterior a él, del que depende aun cuando pretende dominarlo» (Chemama, 1998, p. 488). Lacan (1963) va introduciendo complejidades en torno al tema y discrepancias con Freud, respecto al objeto, la angustia, el deseo, lo imposible de ser aprehendido, al adentro y afuera, y la representación que es metapsicológicamente diferente del significante, entre otros. Respecto al duelo, en niveles diferentes de Klein, sostiene que las postulaciones freudianas a este respecto no son suficientes, ya que:

Llevamos luto y experimentamos sus efectos de devaluación en la medida en que el objeto por el que hacemos el duelo era, sin nosotros saberlo, el que se había convertido en soporte de nuestra castración. Cuando ésta nos retorna, nos vemos como lo que somos, en la medida en que nos vemos esencialmente devueltos a esa posición de castración (Lacan, 1963, p. 125).

Hoy nos toca, como psicoanalistas, vivir los tiempos de pandemia, transitando con incertidumbre un aprendizaje y un duelo por las formas de vida y de trabajo perdidas transitoriamente y sustituidas por nuevas que tratamos de asimilar, caminando hacia modificaciones internas-externas para enriquecernos de la experiencia, en una realidad que se ha corrido y vuelto móvil, impidiendo el retorno al mismo lugar. Parecería que las palabras de Lacan nos acercan la noción de reencuentro con nuestra castración que imaginábamos sostenida por ese objeto que hoy duelamos, que nos hace redimensionar la fragilidad del ser humano frente a la posible enfermedad y muerte, precedida por muchas pequeñas «muertes», atravesados por la sexualidad y la idea de finitud. El cuerpo erógeno: ¿es

ausente al faltar del consultorio junto a la concreción del cuerpo a cuerpo del paciente-analista, que se nos ha escabullido?; la voz cambiada de ambos por los artificios electrónicos: ¿genera y mueve otros significantes? ¿Nos encontramos con nuevas formas de mostrar lo mismo o se generó un espacio-otro a investigar? ¿Se puede validar el análisis online? En esta experiencia que está siendo hoy, solo podemos esbozar que en la mayoría de los casos muchos analistas transmiten que hay proceso analítico, tal vez propiciado por lo que permanece en el encuentro. Quizá lo que es posible hacer perdurar más allá de las movidas del encuadre, es nuestra mente analizada que sigue trabajando y ofreciéndose al procesamiento psicoanalítico en sesión, cuestión que los pacientes perciben y responden a ello.

AÑO 2020. LA CLÍNICA EN PANTALLAS

Hemos apreciado cómo tanto para Freud como para Klein y Lacan, los orígenes del yo y del otro involucran el claroscuro de conceptos varios.

El año 2020 será recordado como el momento en que el prójimo tomó otra dimensión psíquica transitoria, en un tiempo de encierro. Al principio impactados frente a un virus migratorio que nos igualó en algún aspecto por nuestra fragilidad inmunológica, pero en el que nos permitimos conservar la asimetría clínica necesaria para trabajar. La mirada de las madres de nuestros pacientes ha vehiculizado muchas cosas; puede ser tranquilizadora o inocular miedo, peligro, encierro y para los menos afortunados, engolfamiento y no desarrollo del yo, sino detención, paralización. Vivimos en proceso de permanente movimiento interno para repensar todos nuestros valores y ser más solidarios, pero no es posible generalizar el peligro con que vive el otro la situación, el tipo de cuidados por el que las familias han optado, ni las posibilidades psíquicas con que cuentan. Derrida (1997) reflexiona sobre el lugar del *extranjero* y la asimetría del *anfitrión* que aloja al primero en esa posición. Tomando conceptos de Levinas, él nos habla de dar acogida a la alteridad del otro y de estar abierto a este en una disposición hospitalaria, que no es fácil, ya que esa irrupción del otro en «mí mismo» se establece desde antes de ser «yo mismo», por lo que ambos, tanto el anfitrión como el invitado, son rehenes uno del otro

desde el principio. Ese extranjero seríamos tanto nosotros en la mente de nuestros pacientes, transformados por los fenómenos transferenciales, como ellos, a los que alojamos en nuestra mente analizada y marcada por la alteridad y la terceridad. Todos tenemos un lado extranjero y de par para el otro, que, para algunos, se volvió con la pandemia un posible enemigo, portador de peligro y muerte en su interior, reactivando antiguas vivencias paranoides, similares a las que Klein nos describiera en un funcionamiento esquizoparanoide. Ninguna generalización hoy es posible. Han reaparecido formas xenofóbicas y segregacionistas que creíamos más atenuadas y que necesitamos repensar y darle significación. Freud hablaba de la compulsión a significar del ser humano, pero lo importante es que eso no cierre en este momento posibilidades de entendimiento más plurales.

¿Cómo se va adaptando nuestra función sin perder especificidad psicoanalítica? Según Bion (1962) es la función continente-contenido la que se pone en juego en el analista para hacernos cargo de los aspectos más atemorizantes del paciente y devolverle un contenido más tolerable para su psiquismo (función reverie). ¿Cómo alojar al otro, entonces, cuando hacernos cargo de aspectos tan dolorosos del paciente implica sostener los miedos aterradores potenciados y aumentados por una situación de la realidad donde todos somos pasibles de portar, sin saberlo, un virus tan temido? Al comienzo de la pandemia nuestra mente puede haberse visto disminuida transitoriamente en la capacidad continente habitual, pero rápidamente recuperamos su potencialidad y la asimetría necesaria para trabajar. Janine Puget (1982) sostiene que cuando analista y paciente viven la misma situación, hay que abrirle la puerta a eso en común y trabajarlo, porque la interferencia sino entra de otros modos en sesión, insistiendo y generando efectos y dificultades que, analizadas, portarán algo nuevo. Los cambios que trajo la pandemia tocan nuestros mundos superpuestos, pero no estamos en lo mismo, ya que nuestra historia y lugar es otro. En las sesiones online, parecería que el paciente es anfitrión de nosotros y que somos extranjeros en su territorio al «meternos en su casa». Sin embargo, quizás aquello fuerte, impalpable, pero esencial a nuestra disciplina, permanece, a sabiendas de que el extranjero siempre ha sido mirado con desconfianza en territorio ajeno. Hemos aprendido «mordiéndolo el polvo» de esa experiencia, integrándola para acercarnos a lo inconsciente del

paciente e interpretarlo. Al prestar nuestra mente para pensar contenidos que él solo no puede hacer, nos esforzamos por conservar nuestro lugar de anfitriones en ese lugar psíquico donde nos encontramos, sin perder la asimetría. Para eso es necesario que nuestra mente le siga haciendo lugar a esa función.

Tomaré palabras de Melanie Klein, para pensar el psicoanálisis infantil hoy, ya que fue una analista que trabajó antes, en medio de la guerra y luego de ella. Es importante contemplar al niño en plena estructuración psíquica. Nos decía, luego del análisis de Rita, una niña de 2 años y 9 meses de edad, llevado a cabo en su casa:

Llegué a la conclusión de que el psicoanálisis no debería ser llevado a cabo en la casa del niño. Pues encontré que a pesar de que ella tenía gran necesidad de ayuda y sus padres habían decidido que yo debía intentar el psicoanálisis, la actitud de la madre hacia mí era muy ambivalente y la atmósfera en general era hostil al tratamiento. Más importante aún, descubrí que la situación de transferencia- piedra fundamental del procedimiento psicoanalítico- sólo puede ser establecida y mantenida si el paciente es capaz de sentir que la habitación de consulta o la pieza de juegos, de hecho todo el análisis es algo diferente de su vida diaria del hogar. Pues sólo en tales condiciones puede superar sus resistencias a experimentar y expresar pensamientos, sentimientos y deseos que son incompatibles con las convenciones usuales. (Klein, 1955, pp.131-132).

La situación actual nos relanza interrogantes acerca del encuadre y nos hace recurrir a experiencias previas que no alcanzan para dar luz a lo que estamos viviendo. Se necesita un nuevo faro, que con el tiempo se encenderá con mechas varias que hoy se acercan desde muchos espacios. Casi todos los analistas hemos tenido que atender por video-llamada a pacientes, sea por enfermedad prolongada de estos o por accidentes, embarazos a quietud, viajes u otros. Como le pasaba a Klein allá por 1926, hemos vivido algunos casos en que los visitamos en sus casas, donde a veces la tensión familiar se veía aumentada con nuestra presencia. Vivimos la interferencia de la familia y la posible incomodidad de los pacientes y de las figuras reales de su entorno, expresada en su mirada ante la nuestra para con su

cuerpo en condiciones de intimidad excesiva. También tenemos muy buenas experiencias, pero no desconocemos que se agrega un elemento de importante complejidad que desdibuja mucho el terreno transferencial y hace a la necesidad de analizarlo. En todos los casos los pacientes mostraron su añoranza por las sesiones presenciales que al cabo de cierto tiempo se retomarían. Todos estos momentos dejaron marcas e hicieron su aporte a la peculiaridad de la historia analítica.

Hoy, frente a la pandemia por Covid 19, estas experiencias recordadas distan mucho de lo que estamos viviendo. Cuando interpretamos los miedos y temores que retornan con la afectación del entorno, nos responden, en el juego o verbalmente, que la realidad lo amerita. Los discursos sobre la peligrosidad y las implicancias económicas se han unido a las vivencias de falta de energía y empobrecimiento de recursos yoicos, intelectualizando con conocimientos de la economía de nuestros países que ven en la realidad ir aumentando día a día los números de personas en seguro de paro, o perjudicados en su posición laboral. Nos vemos empujados a pensar formas de cuidar al otro y cuidarnos, afectando lo menos posible el terreno transferencial, sabiendo que esta «realidad» puede volverse un obstáculo. El peligro instalado afuera campea en el interior de las consultas, donde todos podemos ser «virósicos», desprendiendo el término del discurso médico y del lenguaje informático de nuestra era para insertarlo en la fantasía de un peligro invisible que podemos portar cada uno dentro, sin saberlo. Metáfora del discurso freudiano, el inconsciente, la peste, surgiendo desde un «adentro» abierto que construye fantasías sobre algo invisible que siempre lo fue, en discursos con grandes variaciones de contenido: paranoico, obsesivo, neurótico, esquizoide, histérico, psicótico, más anclado en la realidad de la pandemia o más despegado y volátil, que muestra las fantasías engolfantes, desmentidoras, omnipotentes y otras de cada cual. Analizamos el cambio de encuadre, nos planteamos que lo esencial de nuestro trabajo no pasa por el diván, el horario o el lugar, pero todos conocemos las teorizaciones de Bleger acerca de los aspectos depositados en él y los riesgos de moverlo. Releemos sobre encuadre, escuchamos webinaros y teleconferencias de expertos y finos pensadores psicoanalíticos.

En este contexto, relato parte de una conversación telefónica con Juan en los días de interrupción de análisis por la cuarentena voluntaria sugeri-

da desde el Poder Ejecutivo frente a la emergencia sanitaria desde marzo 2020 en nuestro país. En este año de análisis se ha trabajado su tendencia a ubicarse como pseudo-adulto. Aspecto defensivo frente a las vivencias persecutorias que a veces lo atenazaban ante las experiencias dolorosas o frustrantes. Hacía una semana que no nos comunicábamos: P- *«Esta es una situación grave que va a afectar el desarrollo de la economía de todo el país si los gobernantes no hacen algo rápido que evite el derrumbe que se ha vivido en otros países»*. Frente a mi sorpresa que me deja muda, agrega: *«Ni vos ni nadie puede hacer nada si no los dejan»*. Le digo que parece que volvió el adulto que habla desde adentro de él. Entonces rompe a llorar, diciendo: *«Si mi abuela se lo agarra se muere»*. Se me ocurre que la angustia surge al rozar el borde especular que lo sostiene y la posible pérdida que adelanta un duelo que desde ya, desplazado, parece confrontarlo con su propia castración, sin poder hacer nada. Le digo que su familia está haciendo cosas para cuidar a la abuela y que los padres se pueden «derrumbar», pero se pueden recuperar como ha pasado en otras ocasiones, aunque él tema que no lo hagan tan «rápidamente» como lo necesita. Se trata de una intervención que calma el llanto y rescata al niño que, en ausencia de análisis, necesitaba a sus padres «gobernando» con solvencia. Intento pensar analíticamente, pero actuando adaptándome a un modo y contexto nuevo. Juan parece mostrar un aspecto regresivo que se pone al servicio de comunicar y elaborar su desvalimiento. Este es actualizado en transferencia en medio de un encuadre alterado pero sostenido, que permite la emergencia de angustias enmascaradas tras la cáscara del niño-adulto que da cátedra. La intervención de un tercero-analista logra quebrarla, para que surja su lado «niño», asustado y dependiente, a la vez que desconfiado de la posibilidad de ser cuidado por los adultos-padres-analista. Cuando la madre se percata de que el hijo llora, interrumpe la llamada tomando el celular y argumentando que lo va a distraer.

Parecería que Klein tenía razón respecto a la ambivalencia de los padres, que se tornan interferencia para el encuentro, en el ámbito de su dominio, donde se sienten cómodos. Las competencias se refuerzan y seguramente yo represento el objeto que lo angustia y la madre el que lo cuida. Cuidarlo podría ser metabolizar en ella las angustias de él y devolvérselas atenuadas (reverie, en Bion, 1962). Como si las palabras pudieran

contagiar algo de lo que se prefiere callar, «distraer», se acallan. El virus impalpable, mental, se desprende del coronavirus transformándose en un vehículo que cual peste psicoanalítica, traspasa pantallas y celulares y lleva a interrumpir la comunicación con Juan.

Reflexionemos: «¿la situación de transferencia —piedra fundamental del procedimiento psicoanalítico— solo puede ser establecida y mantenida si el paciente es capaz de sentir que la habitación de consulta o la pieza de juegos, de hecho todo el análisis, es algo diferente de su vida diaria del hogar?» «Capaz de sentir...» ¿En 2020, nuestros pacientes son capaces de sentir que al recibirnos en las pantallas en sus propias casas, el análisis sigue siendo algo diferente a su vida diaria del hogar?» Ese yo que para Klein se construye por interiorización de objetos desde el comienzo de la vida, como efecto de las pulsiones de vida y muerte, siendo el objeto bueno su núcleo, ¿está congelado por la invasión de objetos peligrosos en el afuera, hoy? ¿Qué es el afuera? ¿La habitación de consulta? ¿La analista? ¿La pantalla, el celular? ¿Dónde está el peligro? Me encuentro pensando que luego de las postulaciones sobre transferencia (Freud, 1914), de mundo interno (Klein, 1926), de encuadre interno (Bleger, 1967), de campo dinámico (Baranger, 1979), la «habitación» se puede establecer desprendida de lo concreto de la sala en sí, para cobrar un estatuto simbólico, como un espacio «diferente de su vida diaria del hogar». Luego de esa llamada telefónica que intentó ser un puente entre las sesiones presenciales y el tiempo de trabajo por Skype, le reintegramos su carácter simbólico al «lugar» de las sesiones que se reencuadran transitoriamente. Así, tal vez no es la ausencia de encontrarnos en el mismo consultorio lo que afecta nuestro trabajo, sino el impacto de reencontrarnos nosotros mismos cambiados por los elementos nuevos y peleando con la ausencia y la falta que se replica desde otro escenario, sin dejar de producir angustia. El encuentro con la materialidad del cuerpo tridimensional se hizo esquivo, pero pienso que no está perdido, siempre que el discurso lo mantenga en suspenso simbólicamente. Cuerpo de ambos que en su representación, imagen y fantasía parece presente, pero puede vivir en peligro por bombardeos que provienen de diferentes ámbitos.

En el niño hoy nos cuestionamos si la fragilidad más peligrosa de la interrupción de clases y la restricción de espacios de encuentro físico con los pares podría ser la mente de la madre y su familia, cuando ni en lo

individual ni en lo vincular pueden manejar bien situaciones traumáticas y el confinamiento los afecta. El nido acoge, junto a la esperanza y el amor, las fantasías fusionales, edípicas e incestuosas, y lo endogámico puede ganar terreno por legalización simbolizante de la norma «quédate en casa».

Es posible que al trabajo online con niños la falte la posibilidad de sostener con el juego habitual del cuerpo, quedándonos —y no es poco— otras formas lúdicas, la palabra y la imagen bidimensional de la pantalla. La voz transmite mucho en su ritmo, timbre, entonación, intensidad, pero parecería que perdemos una enorme comunicación que proviene del cuerpo erógeno, que en su materialidad tensional produce palabras, parte de los gestos, de la comunicación preverbal, aspectos que los analistas nos hemos acostumbrado a registrar por vías inconscientes e interpretar. Se agrega que nos cansamos mucho tal vez por el esfuerzo de adaptarnos rápidamente y abocarnos a inferir de lo presente, lo ausente. El cuerpo del analista también envía mensajes, usualmente se nos irritan los ojos por el uso inusitado y excesivo de las pantallas, ¿tal vez son mensajeros del dolor psíquico que implica el cambio actual, que posiblemente reedite otros duelos?

Una semana luego de la llamada a Juan, retomamos las sesiones, pero por Skype. Él está muy callado, me muestra sus descubrimientos de juegos compartiendo pantalla y dibuja tres círculos concéntricos. Le digo que parece una estructura muy encerrada, que se ha esmerado en que no haya aberturas. Solo escucho silencio. Interpreto que se siente encerrado. Deja de compartir la pantalla y lo aprecio de cerca con un rostro triste que habla sin palabras. Me dice que no sabe si alguien escucha. Le pregunto quién piensa que escucha y me dice que está solo en la casa. Le digo que entonces no confía en mí. Asiente. Interpreto que no se trata de si hay alguien más conmigo, sino de asegurarse de que yo estoy suficientemente bien como para poder escucharlo. Intenta decirme si yo le aseguro que estoy sola en el consultorio y le surge un lapsus doble diciendo: «¿Estás sola en el parto... cuarto... digo consultorio?» Su rostro enrojece y por la cercanía de la pantalla no es posible ocultarlo. Se abre así todo un trabajo intenso sobre la posibilidad de parir solo, ser parido solo, ser dejado solo; confiar es poder dar a luz a un Juan en transferencia que no se sienta engendro, el sentimiento de no ser cuidado y el agradecimiento por sentir que yo quiero seguir cuidándolo, el temor y deseo que haya un tercero-otro que tercerice,

junto a muchos otros aspectos que retornaron en otras sesiones, abriendo espacio a la sexualidad del cuarto que generaría varios partos simbólicos.

Este fragmento nos permite inferir cómo aún con las pantallas del Skype de por medio, y en la propia casa de los pacientes, un lapsus en transferencia devela su existencia siempre activa ¿Será que la tecnología que la cultura nos provee y que en el 1900 no existía, se ha tornado un instrumento tercerizador? ¿Un aspecto que nos atraviesa proviniendo del mandato exogámico que nos ordena y manda, propiciando desde un «mundo superpuesto», abierto, la comunicación y el trabajo de análisis?

Retomando el texto: «*Pues solo en tales condiciones puede superar sus resistencias a experimentar y expresar pensamientos, sentimientos y deseos que son incompatibles con las convenciones usuales.*» Pareciera que debemos repensar paradigmas, ya que hoy la realidad nos muestra que es posible traspasar las condiciones, repensarlas, contrastar con nuestra experiencia la fuerza y la insistencia de lo inconsciente y lo transferencial. Parecería que nuestros pacientes son capaces «de sentir» la diferencia de lo que hacemos en relación a otras cosas de la vida diaria, como para construir un lapsus. Entonces hoy, la distancia física obligada puede transmitir un mensaje alentador: «todavía te cuido aún sin tocarnos, y puedo «tocar» tu mente si me dejas, considerando cuidadosamente sus fragilidades estructurales.»

Luego de un tiempo, se retomaron nuestras sesiones presenciales con Juan. Llegó feliz de retornar, pero tropezó con la alfombra sanitaria que puse a la entrada de mi consultorio y se ensució de desinfectante en las rodillas. Caído allí, mientras trataba de ayudarlo a levantarse recordé el cuarto del parto y nuestro trabajo en torno a un nuevo nacimiento del análisis. Me pregunté cuánto del regreso simboliza la vuelta al útero materno en transferencia y su necesidad de salir-nacer de una manera diferente, siendo «ayudado» para desligarse del otro que habla en él desde una identificación con un objeto perdido y apropiarse de su lado niño que se transitará con toda la intensidad con la que ha sido resistido. Recordemos el «*atrapamiento en ese orden radicalmente anterior y exterior a él del que depende aun cuando pretende dominarlo*», para mantener las incertezas.

Aún en condiciones poco favorables es posible que los analistas logremos mantener la capacidad de dejarnos sorprender por nuestros pacientes, y por el alcance y límites de nuestro más caro instrumento. ♦

RESUMEN

La autora toma conceptos básicos de tres autores clásicos, que considera vigentes en la medida que nos permiten reflexionar críticamente, para intentar mostrar cómo pueden colaborar, integrados en la mente del analista, al «mayor conocimiento de sí» que el paciente requerirá del trabajo clínico posible. Partiendo de conceptos básicos freudianos, kleinianos y lacanianos, se interna en las complejidades teóricas de la construcción del yo y del otro, del adentro y el afuera, interno-externo, incluyendo el contexto de la fantasía y la realidad de la pandemia del año 2020, así como la clínica de ese momento. Se acerca a interrogantes acerca de la transferencia y el mantenimiento de nuestro método en las sesiones online. De la mano de un paciente al que nominó Juan, transmite posibilidades y limitaciones de las modificaciones del encuadre, así como del pensamiento plural con que es posible abordar la clínica psicoanalítica.

Descriptores: PSICOANÁLISIS DE NIÑOS, MATERIAL CLÍNICO, YO, HUELLA MNÉMICA, SESIÓN, PSICOANALISTA, REALIDAD

Descriptor propuesto: pandemia

ABSTRACT

The author takes basic concepts from three classic authors, which she considers current to the extent that they allow us to critically reflect, to try to show how they can collaborate, integrated in the analyst's mind, with the «greater self-knowledge» that the patient will require of the clinical work possible. Starting from basic Freudian, Kleinian and Lacanian concepts, he delves into the theoretical complexities of the construction of the self and the other, the inside and the outside, the internal- external, including the context of the fantasy and reality of the 2020 pandemic as well as the clinic at that time. It approaches questions about the transfer and maintenance of our method in online sessions. From the hand of a patient whom Juan nominated, he transmits possibilities and limitations of the modifications

of the frame, as well as of the plural thought with which it is possible to approach the psychoanalytic clinic.

Keywords: PSYCHOANALYSIS OF CHILDREN / CLINICAL MATERIAL / EGO / MEMORY TRACE / PSYCHOANALYST / REALITY / SESSION

Candidate keyword: pandemic

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alizade, A. M. (2002). *El encuadre interno*. Trabajo presentado en el XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis *Permanencias y cambios en la experiencia psicoanalítica*. FEPAL, Montevideo, Uruguay.
- Arbiser, S. (2009). Las teorías en la práctica psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 108, 170-197. Disponible en: <https://www.yumpu.com/es/document/read/51760568/las-teorias-en-la-practica-psicoanalitica-asociacion-psicoanalitica>
- Baranger, W. (1994). Proceso en espiral y campo dinámico. En *Artesanías Psiconalíticas*. Buenos Aires: Kargieman.
- Bion, W.R. (1980). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleger J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Derrida, J. y Dufourmantelle, A. (2000). *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Freud, S. (1992). Duelo y Melancolía. En *Obras Completas: Vol. XIV (1915a)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). El yo y el ello. En *Obras Completas: Vol. XIX (1915b)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas: Vol. XIV (1914)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Lo inconsciente. En *Obras Completas: Vol. XIV (1915b)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Notas sobre la Pizarra Mágica. En *Obras Completas: Vol. XIX (1924)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En *Obras Completas: Vol. XII (1914)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- García, J., Khouri, M., Orduz, F. (2020). Webinario *Psicoanálisis en movimiento en tiempos de pandemias*. Disponible en: <http://www.fepal.org/es/fepalatendiendolaemergencia-tercera-mesa-de-dialogo-on-line-psicoanalisis-en-movimiento-en-tiempos-de-pandemia-2/>
- Hinshelwood, R. D. (2004). *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein, M. (1991). Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. En *Obras Completas: Tomo 3. Envidia y gratitud y otros trabajos (1952a)*. Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1991). La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo. En *Obras Completas: Tomo 1. Amor, culpa y reparación (1930)*. Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1991). La técnica Psicoanalítica del juego: Su Historia y significado. En *Obras Completas: Tomo 3. Envidia y gratitud y otros trabajos (1955)*. Buenos Aires: Paidós.

- Klein, M. (1991). Los orígenes de la transferencia. En *Obras Completas: Tomo 3. Envidia y gratitud y otros trabajos* (1952b). Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1991). Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia. En *Obras Completas: Tomo 3. Envidia y gratitud y otros trabajos* (1959). Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1991). Principios psicológicos del análisis infantil. En *Obras Completas: Tomo 1. Amor, culpa y reparación* (1926). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1971). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos Uno* (1949). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2011). La causa del deseo. *Seminario 10. La angustia* (1962-63). Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (2012). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Le Gaufey, G. (1998). El yo especular según Jacques Lacan. En *El lazo especular. Un estudio travesero de la unidad imaginaria*. Buenos Aires: Edelp S. A.
- Ogden, T. (1992). El sujeto dialécticamente constituido/ descentrado del psicoanálisis. I. Las contribuciones de Klein y Winnicott. En *Libro anual de Psicoanálisis*. Brasil: Escuta Ltda.
- Orduz, F., Ungar V., Bruce J., (2020). Webinario *La alteridad, los valores y el cuidado en tiempos del Covid19*, coordinado por Luis Nagy. Disponible en: https://www.ipa.world/IPA/en/IPA1/Webinars/los_valores_y_el_cuidado_en_tiempos.aspx
- Puget, J. y Wender L. (1982). Analista y paciente en mundos superpuestos. Trabajo presentado en la reunión científica de APdeBA en abril de 1982. *Psicoanálisis*, 6(3). Disponible en: https://www.apuruguay.org/sites/default/files/MUNDOS%20SUPERPUESTOS-%20J_%20PUGET%20y%20L_%20WENDER-2.pdf
- Prengler, A., Coimbra, R., E., Kohen, G., Palacios, E. (2020). Seminario virtual *Psicoanálisis de niños en tiempos de Covid 19*. Disponible en: https://www.ipa.world/IPA/en/IPA1/Webinars/Psicoanalisis_de_Ninos_en_tiempos_del_COVID_19.aspx
- Rebella, G. (2004). Doble inscripción, una conexión posible. *Grafo*, 4. 64-69. Disponible en: <https://pesquisa.bvsalud.org/bivipsil/resource/es/psa-35242>
- Schkolnik, F. (2016). Acerca del concepto de curación En *Práctica Psicoanalítica. Un trabajo de resignificación y simbolización*. Montevideo: Rebeka Linke.
- Winnicott, D. W. (1997). Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño. En *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.